

ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición

Ignacio Ramonet 13

Prólogo a la primera edición

Joan Subirats Humet 19

Introducción a la primera edición

Antoni Comín i Oliveres - Luca Gervasoni i Vila 27

Introducción a la segunda edición

Antoni Comín i Oliveres - Luca Gervasoni i Vila 39

I. Capitalismo y justicia

Capitalismo y justicia: los términos de la cuestión

José Antonio Noguera 51

Socialismo y capitalismo

Félix Ovejero Lucas 68

Las injusticias del capitalismo

Cuadro comparativo 82

El capitalismo y las teorías de la justicia contemporáneas
Antoni Comín i Oliveres 85

La justicia social en el capitalismo del Estado de bienestar
Antoni Comín i Oliveres 143

II. La Democracia Económica

La Democracia Económica: una propuesta de socialismo democrático y autogestionario de mercado
Jordi Garcia Jané 175

¿Hay una alternativa
David Schweickart 189

¿Es posible avanzar desde el capitalismo social hacia la Democracia Económica?
Proyecto Democracia Económica 219

La transición a la Democracia Económica, según Schweickart
Luca Gervasoni i Vila 224

III. El cooperativismo

La cooperativa de trabajo, una aproximación a la empresa democrática y social
Jordi Garcia Jané 247

Cooperativas de todo tipo y en todas partes
Jordi Garcia Jané 250

La experiencia cooperativa de Mondragón
Josep Campabadal 258

Trabajo cognitivo, cooperación, democracia
Alfonso Vázquez San Román 271

El trabajo basado en el conocimiento
Alfonso Vázquez San Román 274

IV. El sindicalismo

El sindicalismo en la democratización de la empresa
José Luís López Bulla 283

¿Cómo podemos impulsar la Democracia Económica como
trabajadores en la empresa capitalista?
Daniel Lacalle 293

¿Es el sindicalismo un factor de democracia empresarial?
Daniel Lacalle 294

Cuatro modelos de participación en la empresa
Cuadro comparativo 298

V. La banca ética

Banca ética, una alternativa posible
Roger Sunyer i Tatxer 305

Finanzas éticas y solidarias en España
Jordi Marí de la Torre 314

Banca ética ciudadana: una propuesta de regeneración
de la esfera económica
Pedro M. Sasía 317

¿Puede la banca ética desarrollar la economía social?
Ramon Pascual 320

Monedas locales
Andri W. Stahel 328

Cuatro modelos de sistema financiero
Cuadro comparativo 332

VI. El consumo responsable

La democracia en el consumo
Montse Peiron 339

Avanzar hacia un cooperativismo agroecológico
Esther Vivas 344

La etiqueta social
Marc Vilanova 355

Las cláusulas sociales
Proyecto Democracia Económica 361

¿Asegura la Democracia Económica un consumo más racional?
Luca Gervasoni i Vila 375

Localización y Democracia Económica
Andri W. Stahel 376

La Democracia Económica y los valores de la izquierda
Félix Pardo 381

VII. El mercado social

El mercado social: ¿es posible articular una red alternativa?
Proyecto Democracia Económica 401

El balance social
Jordi Garcia Jané 410

Mercado social, estadio superior de la intercooperación
Jordi Garcia Jané 423

La Democracia Económica en marco del Estado de bienestar
Antoni Comín i Oliveres 429

Las políticas públicas de promoción del mercado social
Projecto Democracia Económica 445

Balance social; ¿instrumento voluntario o requisito obligatorio?
Projecto Democracia Económica 448

VIII. La democracia global

La alternativa de los movimientos del Foro Social
Mundial. La economía social y solidaria
Rafael Díaz Salazar - Luca Gervasoni i Vila 469

Reformas para una globalización alternativa
Antoni Comín i Oliveres - Luca Gervasoni i Vila 476

El movimiento altermundialista y la Democracia Económica: entre
la política y la cultura
Antoni Comín i Oliveres 485

Democracia y capitalismo: el mito de los iguales
Luca Gervasoni i Vila 491

Presupuestos participativos, breves notas
Tomás R. Villasante 498

Democracia participativa y Democracia Económica: ¿es posible
la plena democracia en el capitalismo?
Antoni Comín i Oliveres 503

Democracia Económica y sostenibilidad
Ignasi Puig Ventosa 513

¿Por qué la Democracia Económica favorece un desarrollo más sostenible?

Proyecto Democracia Económica 514

La renta básica como vehículo de la Democracia Económica:
relaciones de producción más justas para una ciudadanía sustantiva

David Casassas 521

Epílogo: el socialismo de los ciudadanos

Proyecto Democracia Económica 529

Autores 537

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Ignacio Ramonet

Éste es un libro esperado. Esperado y necesario. Porque llevamos tiempo describiendo las circunstancias de la crisis y analizando sus causas de modo exhaustivo. Pero pocos autores habían expuesto hasta ahora, de modo tan claro como aquí, modelos de sustitución viables al capitalismo. Era urgente, era indispensable hacerlo. Para que las protestas contra un sistema injusto no agotasen su energía sólo en el reproche y la disconformidad, sino que se transformasen en fuerza de proposición y perspectivas de cambio.

Ya era hora, porque la fase ultraliberal del capitalismo llega a su término. Y porque, por vez primera en la historia económica moderna, cuatro crisis de gran amplitud —financiera, energética, alimentaria y democrática— coinciden, confluyen y se combinan. Cada una de ellas interactúa sobre las demás. Agravando así, de modo exponencial, el deterioro de la economía real y del modelo capitalista.

Por mucho que las autoridades se esfuercen en minimizar la gravedad del momento, lo cierto es que nos hallamos, desde el otoño de 2008, ante un seísmo de inédita magnitud. Cuyos efectos sociales ya se sienten fuertemente. El sistema financiero internacional se ha tambaleado. Se termina el período abierto en 1981 con la fórmula de Ronald Reagan: «El Estado no es la solución, es el problema.» Durante treinta años, los fundamentalistas del mercado repitieron que éste siempre tenía razón, que la globalización era sinónimo de felicidad, y que el capitalismo financiero edificaba el paraíso terrenal para todos. Se equivocaron.

La era de la globalización condujo a la economía mundial a tomar la forma de una «economía de papel», virtual, inmaterial. La esfera financiera llegó a representar más de 250 billones de euros, o sea, seis veces el montante de la riqueza real mundial. Y de golpe, esa gigantesca «burbuja» reventó causando un desastre de dimensiones apocalípticas. Más de 200.000 millones de euros se esfumaron. Toda la cadena de funcionamiento del aparato financiero colapsó. No sólo la banca de inversión, sino también los bancos centrales, los sistemas de regulación, los bancos comerciales, las cajas de ahorros, las compañías de seguros, las agencias de calificación de riesgos (Standard&Poors, Moody's, Fitch) y hasta las auditorías contables (Deloitte, Ernst&Young, PwC).

Prueba del fracaso del sistema, las intervenciones del Estado —las mayores, en volumen, de la historia económica— demostraron que los mercados son incapaces de regularse por sí mismos. Se autodestruyeron por su propia voracidad. Además, se confirmó la ley del cinismo neoliberal: se privatizan los beneficios pero se socializan las pérdidas. Se hace pagar a los pobres las excentricidades irracionales de los banqueros, y se les amenaza, en caso de que se nieguen a pagar, con empobrecerlos aún más.

El dogma del mercado infalible se destruyó. En cambio, el modelo de los países que han mantenido algún tipo de regulación económica y de control de cambio —Venezuela, por ejemplo— se ve ahora reivindicado. Y aunque el impacto de la crisis se hace sentir en todo el planeta, las economías que no adoptaron la desregulación ultraliberal salen mejor paradas. Algunos analistas resaltan, para América Latina, el interés de mecanismos como la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) o el Banco del Sur. O la idea de un banco de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) propuesta por el presidente venezolano, Hugo Chávez.

El huracán económico está provocando, en casi todo el planeta, el cierre de fábricas, la explosión del desempleo y la radicalización de las protestas sociales. Causa de pobreza, de angustia y de exclusión, la lepra del desempleo se extiende. El director general de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), Juan Somavía, estima que el número de desempleados en el mundo (190 millones en 2008) aumentó en 51 millones más a lo largo de 2009. Y recuerda que los trabajadores pobres (que ganan apenas dos euros diarios) son 1.400 millones, o sea el 45% de la población activa mundial.¹

1. *Le Monde*, París, 28 de enero de 2009.

Esta brutal explosión del desempleo provoca naturalmente el retorno del nacionalismo económico. Francia y Suecia han anunciado que condicionarán las ayudas a sus industrias automovilistas: sólo podrán beneficiar a centros ubicados en sus respectivos países. La ministra francesa de economía, Christine Lagarde, declaró que el proteccionismo podía ser «un mal necesario en tiempos de crisis». El ministro español de Industria, Miguel Sebastián, llamó a «consumir productos españoles». Y en Alemania, gran país exportador, una reciente encuesta reveló que el 78% de los empresarios de PYME eran favorables a medidas proteccionistas.²

Este auge del nacionalismo económico provoca brotes de xenofobia. En el Reino Unido, uno de los países más golpeados por la crisis, con una reducción de la actividad del 2,8%, miles de obreros del sector de la energía, gritando la consigna «*UK jobs for British workers!*» («Empleos británicos para trabajadores británicos»), se declararon en huelga contra la contratación de trabajadores portugueses e italianos en las obras de la refinería Total de Lindsey (Lincolnshire). Al mismo tiempo, en ese mismo país, cientos de miles de polacos eran «exhortados» a regresar a su tierra natal. Igual en Irlanda, donde el sentimiento antipolaco crece a medida que aumenta el índice de desempleo. En Italia se expulsa sin miramientos a los rumanos. Y en todas partes se cuestiona el derecho de residencia de los inmigrantes legalmente establecidos.

En numerosos países, grandes empresarios o banqueros que reclamaron a gritos —y obtuvieron del Estado— ayudas millonarias, se aprovechan de la crisis para despedir a mansalva y reducir costes. Una actitud que enfurece. Las protestas sociales se multiplican. Para los ciudadanos, el desempleo es una de las peores formas de represión; una demostración en carne propia de la violencia del capitalismo como un instrumento de explotación y alienación. De ahí la rabia. Por eso, bajo el lema «¡Alto a la miseria!», la Unión Europea (UE) se ha resignado a declarar 2010 «Año de la pobreza y de la exclusión social».

Y es que ya hay, en la Europa de los veintisiete, unos 85 millones de pobres...³ Un europeo de cada seis sobrevive en la penuria.⁴ Y la situación

2. *Time Magazine*, 4 de febrero de 2009.

3. Es «pobre» la persona que vive con menos del 50% de la renta media disponible neta (Rdn) del país correspondiente. En España, el ingreso medio mensual se sitúa en torno a los mil euros.

4. Cf. *The Social Situation in the European Union 2007*, Bruselas, 2008 (http://ec.europa.eu/employment_social/spsi/reports_social_situation_fr.htm).

se sigue degradando a medida que se extiende la onda expansiva de la crisis.

La cuestión social vuelve a colocarse en el corazón del debate. La ira popular se manifiesta contra los planes de austeridad que se suceden en Grecia, Portugal, España, Irlanda, etc. Las huelgas y las protestas se multiplican. Muchos ciudadanos expresan también un rechazo a la oferta política (crece la abstención y el voto en blanco) o una adhesión a diversos fanatismos (sube la extrema derecha y la xenofobia). Porque la pobreza y la desesperación social ponen en crisis al propio sistema democrático. ¿Asistiremos a una explosiva primavera del descontento europeo?

En España, el 20% de la población, o sea, unos diez millones de personas, se hallan ya en la pobreza.⁵ Con casos particularmente indignantes como el de los hijos de extracomunitarios (más de la mitad de ellos viven en la indigencia) y el de las «personas sin hogar», nivel máximo de exclusión social.⁶ Hay más de 30.000 personas sin hogar (en Europa, cerca de medio millón). Centenares de ellas, cada invierno, mueren en la calle...

¿Quiénes son esos pobres de hoy? Campesinos explotados por las grandes distribuidoras, jubilados aislados, mujeres solas con hijos, jóvenes con empleos basura, parejas con hijos viviendo con un único sueldo, y obviamente la gran cohorte de activos que la crisis acaba de dejar sin empleo. Jamás hubo en la UE tantos parados: 23 millones (cinco más que hace un año). Y lo peor es que la violencia del desempleo golpea sobre todo a los menores de 25 años. En materia de paro juvenil, España detenta la tasa más catastrófica de Europa: 44,5% (la media europea: 20%).

Si la cuestión social se plantea hoy de modo tan espinoso es porque coincide con la crisis del Estado de bienestar. Desde los años 1970, con el auge de la globalización económica, salimos del capitalismo industrial para adentrarnos en una era de capitalismo salvaje cuya dinámica profunda es la desocialización, o sea, la destrucción del contrato social. Por eso se están respetando tan poco, estos últimos tiempos, los conceptos de solidaridad y de justicia social.

La transformación principal se ha producido en el ámbito de la organización del trabajo. El estatuto profesional de los asalariados se ha degradado. En un contexto caracterizado por el desempleo masivo, la precariedad

5. Léase Informe de la Inclusión social en España, Fundació Un sol mon, Caixa Catalunya, Barcelona, 2008.

6. Consúltese: www.enredpsh.org/.

deja de ser un «mal momento» mientras se encuentra un empleo fijo y se convierte en un estado permanente. Lo que el sociólogo francés Robert Castel llama: el «precariado»,⁷ una nueva condición infrasalarial que se ha extendido aceleradamente por toda Europa. En Portugal, por ejemplo, un asalariado de cada cinco tiene ya un contrato llamado «recibo verde». Aunque trabaje desde hace años en la misma oficina o la misma fábrica, con horarios fijos, su patrón es un simple cliente al que factura un servicio y quien puede, de la noche a la mañana, sin ninguna indemnización, romper el contrato, el «recibo verde».

Semejante degradación del estatuto de asalariado agrava las desigualdades porque excluye de hecho a un número cada vez mayor de personas (sobre todo jóvenes) del sistema de protección del Estado de bienestar. Las aísla, las marginaliza, las rompe (¿cuántos suicidios de trabajadores en su lugar mismo de trabajo?). Abandonados a sí mismos, en feroz competencia de todos contra todos, los individuos viven en una especie de jungla. Lo cual desconcierta a muchos sindicatos, otrora poderosos, y tentados hoy de colaborar con las patronales.

La eficacia económica se ha convertido en la preocupación central de las empresas. Las cuales se descargan sobre el Estado de sus obligaciones de solidaridad. A su vez, el Estado desvía estos imperativos hacia las organizaciones no gubernamentales (ONG) y las redes humanitarias privadas. De ese modo, lo económico y lo social se van alejando durablemente el uno del otro. Y el contraste entre los dos resulta cada vez más escandaloso.

Por ejemplo, en España, mientras el número de parados alcanzaba en 2009 la cifra de 4,5 millones (3,1 millones en 2008), las empresas cotizadas en Bolsa repartían 32.300 millones de euros a sus accionistas (19% más que en 2008). El año pasado, los beneficios de los diez principales bancos europeos fueron de 50.000 millones de euros... En un continente castigado por la peor recesión desde 1929... ¿Cómo es posible? Porque a partir de la crisis del otoño de 2008, los Bancos centrales prestaron masivamente, con tasas de interés mínimas, a la banca privada. Ésta utilizó ese dinero barato para prestar a su vez, con tasas más elevadas, a las familias, a las empresas... y a los propios Estados. Así ganó esas millonadas. Ahora, la deuda soberana alcanza niveles excepcionales en varios países —Grecia, Irlanda, Portugal, España...— cuyos gobiernos han tenido que imponer drásticos planes de

7. Robert Castel, *La Metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Barcelona, 1997.

austeridad a sus ciudadanos para satisfacer las exigencias de los agentes financieros... causantes de la crisis de 2008. Una desvergüenza que exaspera y enfurece a millones de asalariados europeos.

Los ricos siguen enriqueciéndose mientras crece el número de personas sin empleo o en la precariedad, con un poder adquisitivo cada día más reducido, en condiciones de trabajo degradadas, soportando la violencia física y simbólica de unas relaciones sociales endurecidas en una sociedad cada vez menos cohesionada. ¿Cuánto aguantará el hastío popular? ¿Acaso no advirtió el propio Fondo Monetario Internacional (FMI), el 17 de marzo de 2010, que si no se reforma el sistema financiero «habrá revuelta social»?

Y la mejor forma de reformarlo consiste en inspirarse en este brillante libro coordinado por Antoni Comín y Luca Gervasoni. En él abundan los ejemplos de cooperativas y de empresas democráticas, de movimientos de consumo responsable, de bancas éticas, de múltiples formas de organización de la vida económica muy distintos a los que impone el injusto capitalismo ordinario. No es un enésimo manual de la revolución socialista ideal, pero es un libro revolucionario porque demuestra que «sí podemos» cambiar la ética y la práctica económicas, al margen de las leyes de capitalismo. Los autores desconfían de las políticas de «tabla rasa», conocen la vieja ley del gatopardismo, de los que quieren cambiarlo todo para que nada cambie. Prefieren modificar radicalmente el sistema, pero pieza por pieza. Es más lento, pero — según ellos — a la larga, más eficaz.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Joan Subirats Humet

Uno de los fenómenos más inquietantes de los últimos años ha sido la capacidad de convertir un artificio construido por los humanos, como es la economía, en un fenómeno que se presenta como si estuviera fuera del control social. Hemos ido aceptando que se naturalice la economía, hasta situarla fuera del debate político y social. Alguien, por ejemplo, puede afirmar que determinada propuesta o iniciativa no es posible «por razones económicas» o, en el mismo sentido, se pueden descartar sin demasiados problemas opciones concretas de acción para hacer frente a un problema social con la simple afirmación de que «esto económicamente no es viable». Lo más probable es que todo el mundo acepte esta aseveración como si el argumento se refiriera al tiempo, a variables geográficas o condiciones estructurales. El libro que me han pedido que prologue, y que tengo el honor y el placer de presentar, se sitúa directamente y sin tapujos en otro escenario. La música de fondo es clara: nos toca a nosotros decidir cómo queremos organizar y estructurar los intercambios económicos, valorar los pros y los contras; nos toca decidir cómo queremos distribuir cargas y ventajas, cómo pensamos la producción y distribución de bienes y servicios.

Lo que aquí se presenta, por tanto, es una propuesta que no quiere ocultar el carácter evidentemente político de todo debate sobre las formas de producción y acumulación económica. Y que, por tanto, sirve para denunciar la supuesta neutralidad política de cualquier modelo económico. La política y la economía no se mueven en ámbitos separados y ajenos. Cuando la actividad económica pudo liberarse de la moral, y ha ido consiguiendo alejarse de la política, ha tratado de mostrarse como una ciencia y una

manera de hacer plenamente autónoma. Esta aproximación, cada vez más presente en la ciencia económica, implica una fuerte tendencia al determinismo. Los esfuerzos dedicados a presentar la visión económica hegemónica como si estuviese rodeada de un aura de objetividad y autonomía en relación con los intereses y conflictos sociales, parecen haber conseguido alejarla de la problematización de cuestiones como qué y quién define qué es útil, cómo definimos valor, cómo conceptualizamos la riqueza, quien define el bien común, cómo entender la justicia o el progreso, o cómo distribuimos «objetivamente» costes y beneficios derivados de cualquier acción pública o privada, etc. De hecho, cuando hoy se tratan estas cuestiones desde la perspectiva de reflexión económica preponderante, se vacía el debate de todos aquellos componentes antropológicos, éticos y políticos, necesarios para entender el contexto y los efectos de toda actividad económica.

Nos encontramos, pues, en medio de un notable reduccionismo respecto al contraste de ideas en relación a la actividad económica y eso considero que afecta negativamente al debate sobre el modelo de sociedad que queremos, sobre cómo avanzar en la autonomía y la realización personal. Todo este debate se presenta subordinado a un imperativo económico autoevidente. Y, como bien se dice en el libro que presentamos, esto ha generado que se confundan los mecanismos de asignación de recursos de toda economía de mercado con la sociedad de mercado en la que estamos inmersos. Una sociedad en que los valores que no sean los de la competencia desaparecen, al haberla convertido en un fin en sí misma. Y todo esto es aún más evidente cuando el sistema financiero y el sistema productivo se han diferenciado y generado dinámicas propias que han provocado importantes efectos entre todos aquellos colectivos sociales que no pueden hacerles frente, ante la mirada aparentemente impotente de los poderes públicos.

Ver diccionario detallado En conjunto, puede parecer un poco absurdo. No parece que sea necesario reivindicar la necesidad de contrastar las ideas sobre la actividad económica cuando ha sido uno de los puntos centrales de conflictividad política a lo largo de la historia. Pero el año 1989 y la rápida disolución de los regímenes de economía planificada marcan, como sabemos, un antes y un después. Un período del que apenas empezamos a tratar de salir para poder reivindicar que somos capaces de volver a pensar el orden económico de nuestras sociedades. Pero éste no es el único factor a tener en cuenta. Todo el énfasis que se dio a las políticas redistributivas al término de la segunda gran guerra, situó el punto de equilibrio político en la capacidad de combinar buenos rendimientos productivos derivados de una economía de mercado con fuertes apoyos públicos y unas políticas

redistributivas que (utilizando palabras de la Constitución española) removieran los obstáculos que impedían que la libertad y la igualdad fueran realmente efectivas. Este gran consenso socialdemócrata-democristiano situaba el conflicto en las proporciones o la capacidad redistributiva de las políticas sociales y en el esfuerzo de subsidiariedad que los poderes públicos debían mantener para «ayudar» a la eficiencia «natural» del mercado en las tareas de asignación y reasignación de recursos.

La rápida evolución hacia escenarios económicos y productivos marcados por la mundialización de los intercambios, a caballo del gran cambio tecnológico, y la desvinculación entre producción y localización, han desequilibrado las relaciones entre el poder económico y el poder político, provocando una creciente contradicción entre dos elementos que aparentemente se situaban en un mismo horizonte normativo: competitividad económica e igualdad social. En este nuevo contexto, empieza a ser claro que las políticas sociales se van situando en escenarios que recuerdan las *end of the pipe policies* características del debate ambiental. Es decir, políticas de final de tubería, que tratan de gestionar, recolocar y apaciguar los efectos cada vez más negativos de unas dinámicas económicas que avanzan sin freno debido a la nueva libertad de movimientos del capital que ofrece la mundialización. Aquéllos que sigan empeñados en incrementar, mejorar y hacer más efectivas las políticas sociales de carácter redistributivo, sin plantearse cómo modificar las bases de la actividad económica que generan día a día nuevas desigualdades y exclusiones, acabarán dándose cuenta de que su esfuerzo es comparable a quien trata de vaciar un pozo con cubos mientras otra persona sigue llenándolo con una tubería de un palmo de diámetro.

Es evidente que el tipo de economía que se ha ido consolidando se basa en un intercambio competitivo que tiende a concentrar ganadores y perdedores. Y los dos bandos se van distanciando a medida que avanza el presente siglo. Vivimos un momento, además, en que crece la percepción de que nunca había existido tanta riqueza disponible al tiempo que disponemos de un nivel de información sin precedentes sobre el grado de pobreza y exclusión que nos rodea así como de los límites ambientales del actual modelo de desarrollo. Todo esto nos obliga a replantearnos los principios inspiradores del sistema económico. Un sistema competitivo que genera individualismo y enfrentamiento. Una competitividad que se ha convertido en un principio absoluto, autónomo y con existencia propia. Decía Hayek que la sociedad es un conjunto de «individuos que compiten entre sí por la posesión de los bienes disponibles», de esta manera exponía

el eje central de la racionalidad burguesa. Es precisamente esta centralidad de la competitividad la que sitúa la cooperación y la solidaridad en el otro polo de la ecuación. La construcción abstracta del individuo como entidad autoevidente contrasta con su condición inexorable de ser social y con la existencia de los bienes comunes como conjunto de principios, de reglas, de instituciones y de medios que permitan promover y garantizar la existencia de todos los miembros de una comunidad humana. Ver diccionario detallado Por otro lado, lo cierto es que, de forma sorprendente, democracia y capitalismo han ido convirtiéndose en una pareja de baile inseparable a pesar de que la tradición histórica nos habla de una constante tensión entre la tendencia igualitaria de la democracia y la aceptación de la desigualdad como elemento natural y fundamental del individualismo económico capitalista. La voluntad y la capacidad de construir otra economía deben basarse también en subrayar esta contradicción y reivindicar la democratización de la economía. Es en este sentido que los principios del cooperativismo alcanzan nuevos relieves. Como sabemos, una cooperativa agrupa a personas que, de manera voluntaria, tratan de satisfacer sus necesidades económicas, sociales y culturales como grupo y aceptando la plena gestión democrática de la organización y la propiedad de todo. Es en este contexto en que los valores de autoayuda, autorresponsabilidad, democracia, igualdad, equidad y solidaridad toman una dimensión relevante y apuntan a formas de convivencia muy alejadas de las que se desprenden de esta «sociedad de mercado» donde predomina el interés individual y la competitividad social.

Por lo tanto, y en concreto, cuando hablamos de economía social nos referimos a una forma de ver la empresa como una manera de organizar la producción y la supervivencia de manera distinta a como lo hacen las empresas convencionales en la economía de mercado, sin renunciar, en absoluto, a la eficacia profesional o a la rentabilidad empresarial. Estas iniciativas tienen como valores principales la primacía de las personas sobre el capital, la gestión participativa y democrática, el compromiso de las personas con la ciudadanía activa y su implicación en la comunidad, la solidaridad, la responsabilidad social y el desarrollo sostenible. Y es significativa la preocupación por generar y asegurar empleo de calidad, jugando un papel muy importante en el desarrollo local y la cohesión social.

El libro que presentamos es un libro bien arraigado en tradiciones ideológicas y políticas que no son nuevas en nuestro país. Pero, al mismo tiempo, es un libro que actualiza y pone al día ideas y reflexiones, aprovechando la gran producción internacional que se ha ido dando en los últimos

años. Es un libro con una significativa fundamentación académica y que, al tiempo, describe algunas de las prácticas más sugerentes e innovadoras que se van dando en este terreno.

Ver diccionario detallado En este sentido, creo que este libro representa un salto significativo en el campo de la reflexión actualizada y de primera mano sobre la economía social, el mundo del cooperativismo y otras iniciativas en el campo de la economía y las finanzas éticas y solidarias. Y por tanto, a partir de este libro se puede recuperar una agenda de investigación, de formación y de reflexión colectiva que en Cataluña es al tiempo tradicional y emergente.

El libro es una buena base sobre la que avanzar en proyectos de investigación, análisis y sistematización de experiencias de economía social y cooperativa que han ido prolongándose en el tiempo, así como para dar a conocer nuevas experiencias en campos como los servicios de cuidado y atención a las personas, gestión del conocimiento, nuevas tecnologías o nuevas iniciativas empresariales en el campo de la sostenibilidad ambiental. Sería bueno que, en base a estos análisis, se fuera consolidando un marco cognitivo común sobre lo que entendemos por economía social y cooperativa que permita hacer posteriores saltos cualitativos y cuantitativos. Hay que ir poniéndose de acuerdo sobre cuáles son las innovaciones que la aproximación cooperativa y democrática incorpora a las formas de convivencia y regulación social, ya que en muchos casos las vías de transformación social deben partir de realidades concretas y palpables, de vivencias compartidas. No hay que olvidar que esta renovación y actualización del debate sobre la economía social y cooperativa debe enmarcarse en el acelerado cambio de época que atravesamos, donde muchos de los elementos estructuradores de la vida y de la convivencia social experimentan transformaciones muy profundas (trabajo, familia, composición social, ciclo de vida, etc.). Podemos, por tanto, preguntarnos qué papel juega la economía social y cooperativa en este nuevo escenario de modificación del papel de los poderes y políticas públicas.

Tampoco podemos olvidar la especial significación que tiene la relación entre la economía social y cooperativa y el territorio. Todavía es más importante en un contexto en que muchos lugares experimentan significativos procesos de debilitamiento de sus recursos productivos, deslocalizaciones empresariales o recomposición de sus fuentes de subsistencia y trabajo. Hay, pues, que esforzarse en poner en valor la especial significación del arraigo y el compromiso de las iniciativas de economía social y cooperativa en el desarrollo y la cohesión social de comunidades y territorios.

¿Disponemos de las herramientas y los instrumentos conceptuales suficientes y actualizados para afrontar estos retos? Tenemos un nuevo reto. El de la formación y la investigación, el de construir las capacidades futuras de forma inductiva y aprovechando las experiencias cercanas, los modos y formas de pensar y actuar, utilizando saberes acumulados y nuevas perspectivas. La gestión democrática, el desarrollo y empoderamiento de las personas protagonistas de las iniciativas empresariales, el análisis de las condiciones de trabajo, la evaluación de resultados y la conexión entre resultados económicos y resultados sociales, etc., Son todos aspectos que hay que abordar y sobre los que es posible aprovechar la experiencia acumulada.

Todo ello nos lleva a resituar urgentemente la economía social y cooperativa en la agenda de los poderes públicos y en las prioridades de las políticas públicas. ¿Tienen hoy los emprendedores del sector el mismo grado de atención que los emprendedores de la economía convencional? ¿Disponen del mismo reconocimiento, ayudas e interés del que se otorga a las grandes y pequeñas empresas privadas? Y también, ¿acumula el sector capacidades similares a las de las otras políticas públicas? ¿Se trabajan las relaciones entre políticas sociales, educativas, de salud, ambientales o de vivienda y las capacidades y las potencialidades de la economía social y cooperativa? Creo que hay que reivindicar un cambio en este tema y una visión más inteligente y estratégica sobre el papel del sector en los cambios de paradigma y de democratización económica. La economía social y cooperativa no es un sector obsoleto, tradicional o periférico. Expresa hoy otra forma de apostar por el desarrollo y de entender la gobernanza económica y social. El código genético del sector de la economía social y cooperativa dispone de valores que son esenciales para combinar las exigencias económicas y sociales, rentabilidades productivas y de inclusión y pertenencia. Y así lo expresa el nacimiento de muchas de estas empresas e iniciativas. En consecuencia, se debe exigir que los rendimientos de este sector no se simplifiquen, situándolos al mismo nivel de aquellos que básicamente buscan rentabilidad y beneficio propio. Hacen falta, pues, proyectos y programas específicos, que pongan en valor aquello que es propio a este sector. Necesitamos avanzar, por tanto, en políticas públicas que reconozcan e impulsen el sector, y que lo hagan de manera consistente con los valores del mismo sector, es decir, de manera participativa y democrática.

Tenemos un amplio abanico de posibilidades en este sentido. Podemos, por ejemplo, proponer que en los currículos formativos se hable de economía social y cooperativa con la misma fuerza que se explica la evolución económica o el funcionamiento de las empresas privadas. Se podría cons-

truir un mapa de interrelaciones entre la economía social y cooperativa y las dinámicas y los instrumentos de intervención de las diferentes políticas, para ver así complementariedades y beneficios cruzados. Podríamos avanzar en un plan estratégico del sector que hiciera propuestas de cambio normativo para facilitar su consolidación y progreso. Y, sin duda, habría que priorizar adecuadamente la investigación y la generación de conocimiento sobre este sector y sus potencialidades.

En definitiva, este libro aparece en un momento oportuno. Y hay que aprovechar el hecho de que incorpora en sus páginas al grueso de autores y experiencias más relevantes, para hacer avanzar el debate, el interés y las perspectivas de avance del sector de la economía social y cooperativa. Un sector que ofrece alternativas probadas históricamente, plenamente actuales en muchos lugares del mundo, y con fuertes potencialidades en nuestro territorio, si queremos encontrar maneras más consistentes de relacionar democracia política, justicia social y dinámica económica. Ver diccionario detallado.

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

Antoni Comín i Oliveres
Luca Gervasoni i Vila

¿Por qué y cómo nació este libro? Con el cambio de milenio, alrededor del año 2000, un grupo de una treintena de ciudadanos de nuestro país, de toda edad y condición, se reunieron, libre y voluntariamente, para llevar a cabo lo que ellos mismos denominaron 1^{er} Seminario sobre la Democracia Económica. EL objetivo del Seminario era estudiar el libro de David Schweickart *Against Capitalism*, traducido al castellano con el título *Más allá del capitalismo* (Sal Terrae, 2001).

En esta extensa obra, Schweickart, un filósofo y economista norteamericano vinculado de manera más o menos directa a la corriente de pensadores conocidos como marxistas analíticos o *Grupo de Septiembre*, ponía sobre la mesa la necesidad de seguir pensando sobre la posibilidad de construir un sistema económico alternativo al capitalismo, un sistema que hiciese realidad los ideales de la tradición socialista. Después de la caída del muro de Berlín y el fracaso del socialismo de Estado en los países del Este de Europa, parecía que la pervivencia indefinida del capitalismo como único sistema económico posible —en cualquiera de sus variantes— era una certeza indiscutible. En consecuencia, el mero propósito de imaginar, tan sólo, un sistema económico alternativo aparecía o bien como una ingenuidad o bien como una prueba de indigencia intelectual.

Sin embargo, Schweickart en su obra proponía invertir los términos del debate. Para el economista norteamericano el sistema económico que tenía que demostrar su legitimidad era, en todo caso, el capitalismo. En un momento en el que nadie podía poner en duda la superioridad fáctica de este sistema, el autor reclamaba que se hiciese un análisis detallado con el objetivo de valorar su superioridad desde el punto de vista normativo, es decir, su compatibilidad con los más elementales principios distributivos que han puesto sobre la mesa las teorías de la justicia contemporáneas. Con este propósito, la obra se inicia con una crítica de los criterios distributivos del capitalismo, centrada en el análisis detallado de las justificaciones que la teoría económica liberal, desde el siglo XIX, fue poniendo sobre la mesa para justificar la retribución del capital. Para Schweickart la retribución que reciben los capitalistas por el solo hecho de ser los propietarios del capital es la expresión definitiva de la injusticia distributiva del capitalismo y de su imposibilidad estructural para superarla. Así, intenta demostrar que no hay, ni puede haber, una sólida ni aceptable justificación normativa de este sistema económico ni de sus instituciones fundamentales.

Ahora bien, si el capitalismo no tiene una justificación normativa, si no atiende a los principios elementales de justicia que se han ido asentando de la mano de la filosofía política moderna y contemporánea, entonces vuelve a ser legítimo —por no decir imprescindible— poner el pensamiento económico de nuevo en marcha a fin de proyectar sistemas económicos alternativos, nuevos, inéditos, capaces de satisfacer como mínimo tres condiciones: 1) que sean viables, es decir, compatibles con los datos básicos de las ciencias sociales (de la economía, de la antropología y de la psicología, de la ciencia política y de la sociología); 2) que mantengan las virtudes del capitalismo, es decir, que sigan haciendo todo aquello que este sistema supuestamente es capaz de hacer bien (como por ejemplo incentivar la mejora continua de la productividad, asignar de manera eficiente los recursos, garantizar el progreso tecnológico, promover la prosperidad material, etc.); y 3) que sea capaz de superar las limitaciones evidentes del capitalismo en lo que se refiere a su capacidad para distribuir la propiedad, el poder económico, la riqueza y la renta de manera justa.

Eso, precisamente, es lo que propone Schweickart en su obra: diseñar, de forma completamente teórica y abstracta, un sistema económico a la vez justo y eficaz. Dicho en otras palabras, un sistema económico que sea socialista, pero que al mismo tiempo esté basado en el mercado. Que aprenda las lecciones de la historia, es decir, que sea capaz de asumir del capitalismo

todo aquello que le ha permitido demostrar que se trataba de un sistema superior al socialismo de Estado, que sea capaz de evitar las deficiencias y limitaciones básicas de este socialismo basado en la planificación centralizada, pero al mismo tiempo que evite todas aquellas instituciones, valores y principios que convierten al capitalismo en un sistema supuestamente eficaz al precio de hacerlo profundamente injusto.

A lo largo de setecientas páginas, Schweickart va desbrozando los principios, las instituciones, el funcionamiento, así como las consecuencias de un sistema de mercado de tipo socialista que él bautiza con el nombre de Democracia Económica. Y compara este sistema con el capitalismo de *laissez-faire* desde el punto de vista de sus implicaciones microeconómicas, relativas a la eficiencia de los mercados, de sus implicaciones macroeconómicas, relativas a su estabilidad y a sus efectos sobre el crecimiento, y de sus implicaciones por lo que respecta a los valores fundamentales de la filosofía política actual, esto es, la libertad, la igualdad, la democracia y la alienación. Y de esta comparación el autor concluye que la Democracia Económica —o, si se prefiere, el socialismo de mercado— sería superior al capitalismo (sin regular) no tan sólo en su capacidad para satisfacer los principios de justicia, sino también con respecto a la eficiencia, la eficacia y el modelo de crecimiento.

Más allá del acierto de las propuestas, los análisis y las conclusiones de Schweickart —unas más estimulantes, otras más indefinidas—, en todo caso su esfuerzo teórico sirve para una cosa totalmente necesaria: permite constatar que la historia económica no se ha acabado y que los sistemas económicos no tienen por qué quedar detenidos en el grado de subdesarrollo social y moral en el cual el modelo capitalista, por ahora, lo ha situado.

Schweickart escribía su obra a principios de los años noventa, justo después del derrumbamiento de los países del Este. En aquel momento, en plena euforia ideológica neoliberal, poner sobre la mesa la necesidad de dejar atrás el capitalismo y pensar en un sistema económico de mercado pero socialista podía parecer, al fin y al cabo, poco más que una provocación. Cuando el grupo de personas que participaron en el 1^{er} Seminario sobre la Democracia Económica inició su tarea semanal, corrían ya los primeros años del nuevo milenio. La hegemonía neoliberal empezaba a contestarse en muchos ámbitos diferentes de la sociedad internacional. Empezaban a prepararse las primeras respuestas, espontáneas u organizadas, pero en todo caso con un considerable impacto mediático, al nuevo orden capitalista global. Poco después, como en una verdadera eclosión, entraría en escena el movimiento social global a favor de otra globalización.

Cataluña en general, y Barcelona en particular, sería a partir del año 1999 la sede de un variado ciclo de movilizaciones —desde la consulta sobre la deuda externa hasta la manifestación multitudinaria contra la guerra de Iraq, pasando por las actividades contra la cumbre del Banco Mundial o de protesta por la cumbre del Consejo Europeo— que la convertirían en un referente destacado a escala europea del movimiento altermundialista. Era la época, también, del ascenso del Foro Social Mundial (FSM) como un actor ineludible en el debate sobre el futuro de la sociedad y de la economía global. De hecho, el FSM se presentaba, por aquellos años, como el principal antagonista del sistema capitalista hegemónico.

En este contexto algunos de los participantes en aquel 1^{er} Seminario —personas con un perfil académico y profesional muy diverso, pero procedentes muchas de ellas del mundo de la economía social y el cooperativismo— constituyeron un grupo permanente de estudio y de debate, el *Projecte Democràcia Econòmica*,¹ con el objetivo de recuperar y estimular la reflexión en torno a todas aquellas propuestas económicas, ya fuesen teóricas o prácticas, que tuviesen un mismo denominador común: la voluntad —o

1. Eran miembros del *Projecte Democràcia Econòmica* cuando se publicó la primera edición del libro (se detallan las responsabilidades que ejercían en aquel momento): **Anna Arisa**, responsable de l'Àrea de Promoció i Comunicació de la Federació de Cooperatives de Treball de Catalunya; **Montse Bover**, licenciada en matemáticas y responsable de operaciones de INVENIO-Learn by doing, **Pep Campabadal**, ingeniero industrial y autor de una investigación sobre la Corporación Cooperativa de Mondragón; **Antoni Comín**, diputado del Parlament de Catalunya por el Grup Socialista-Ciutadans pel Canvi y profesor de Ciències Socials d'ESADE; **Elvira Durán**, licenciada en Filosofía, profesora de secundaria y miembro del equipo del Centre d'Estudis Cristianisme i Justícia; **Mireia Franch**, directora general d'Economia Cooperativa, Social i Autoocupació de la Conselleria d'Economia de la Generalitat de Catalunya y, entre 1999 y 2006, gerente de la Federació de Cooperatives de Treball de Catalunya; **Xavier Gallofré**, miembro del equipo de gerencia de Gestió i Disseny y docente de la cooperativa Aposta en materia de gestión social cooperativa; **Luca Gervasoni**, codirector del Programa de no violencia y construcción de paz de NOVA y miembro de diversos movimientos sociales en defensa de la economía social y solidaria; **Agnès Giner**, licenciada en Prehistoria, coordinadora de la Fundació Roca i Galès, de promoción y difusión de los principios y valores del cooperativismo; **Jordi Marí**, director de FETS, asociación para la promoción de la financiación ética y solidaria; **Pepa Muñoz**, presidenta de la Confederació Catalana de Cooperatives y de la Federació de Cooperatives de Treball de Catalunya; **Julio Nuñez**, licenciado en Historia y profesor de Secundaria (ESO y Bachillerato); **Félix Pardo**, licenciado en Filosofía por la UB y DEA por la UPF, profesor de Bachillerato y colaborador con la EUSS-UAB en el estudio de la ética aplicada a la empresa y la tecnología; **David Pérez**, director de la Fundació Seira, para la innovación y proyección del cooperativismo y, entre el 2006 y el 2008 gerente de la Federació de Cooperatives de Treball de Catalunya; y **Roger Revilla**, presidente de la Federació Catalana d'ONG pels Drets Humans.

la pretensión— de recuperar la esperanza histórica de las fuerzas progresistas y de izquierdas, esto es, la posibilidad de construir un sistema económico alternativo al capitalismo. Un sistema económico socialista, si se quiere decir así. De esta manera el *Projecte Democràcia Econòmica (Projecte DE)* durante estos años ha reflexionado, debatido y discutido al hilo de nuevas y variadas lecturas, más allá del libro de Schweickart, como por ejemplo la obra de Robert Dahl titulada precisamente *La Democracia Económica*—en la que el consagrado politólogo norteamericano se pronuncia a favor de un sistema de mercado no capitalista, basado en empresas democráticas—, el clásico de Amartya Sen *Sobre ética y economía* o las innovadoras reflexiones de Alfonso Vázquez sobre las oportunidades que la nueva economía del conocimiento abre a la hora de replantear el papel de los trabajadores en el proceso productivo y el impacto que puede llegar a tener en la democratización de las empresas.

El hilo argumental de este libro

Sin embargo, de la lectura de estos textos surgía necesariamente un interrogante. Ante un modelo económico alternativo pero ideal y, por tanto, inexistente como la Democracia Económica de Schweickart, es inevitable preguntarse sobre su factibilidad. ¿Es posible transitar desde nuestra realidad presente hacia un horizonte poscapitalista, igual de próspero pero más justo y democrático? ¿Son viables y sostenibles los modelos económicos alternativos al capitalismo? La pregunta por el realismo de las propuestas de cambio parecía una necesidad perentoria vista la experiencia del siglo XX. Este interrogante, rápidamente, desembocaba en otro: ¿qué relación con la realidad económica actual tienen estos horizontes ideales? ¿Hay alguna experiencia hoy que podamos identificar con esta otra economía supuestamente posible?

De hecho, la misma propuesta de Schweickart partía de ejemplos históricos muy concretos —la cooperativa vasca de Mondragón, que es el grupo cooperativo más grande del mundo; el socialismo autogestionario yugoslavo, que en las primeras décadas de la posguerra presentó uno de los índices de crecimiento económico más altos del mundo; o los *keiretsu* japoneses—, pero rápidamente saltaba de estos ejemplos a dibujar un modelo económico caracterizado por su abstracción y su naturaleza prioritariamente teórica. La Democracia Económica es, al fin y al cabo, un modelo ideal que, aunque es perfectamente coherente, consistente desde el punto de vista teórico y plausible desde el punto de vista práctico,

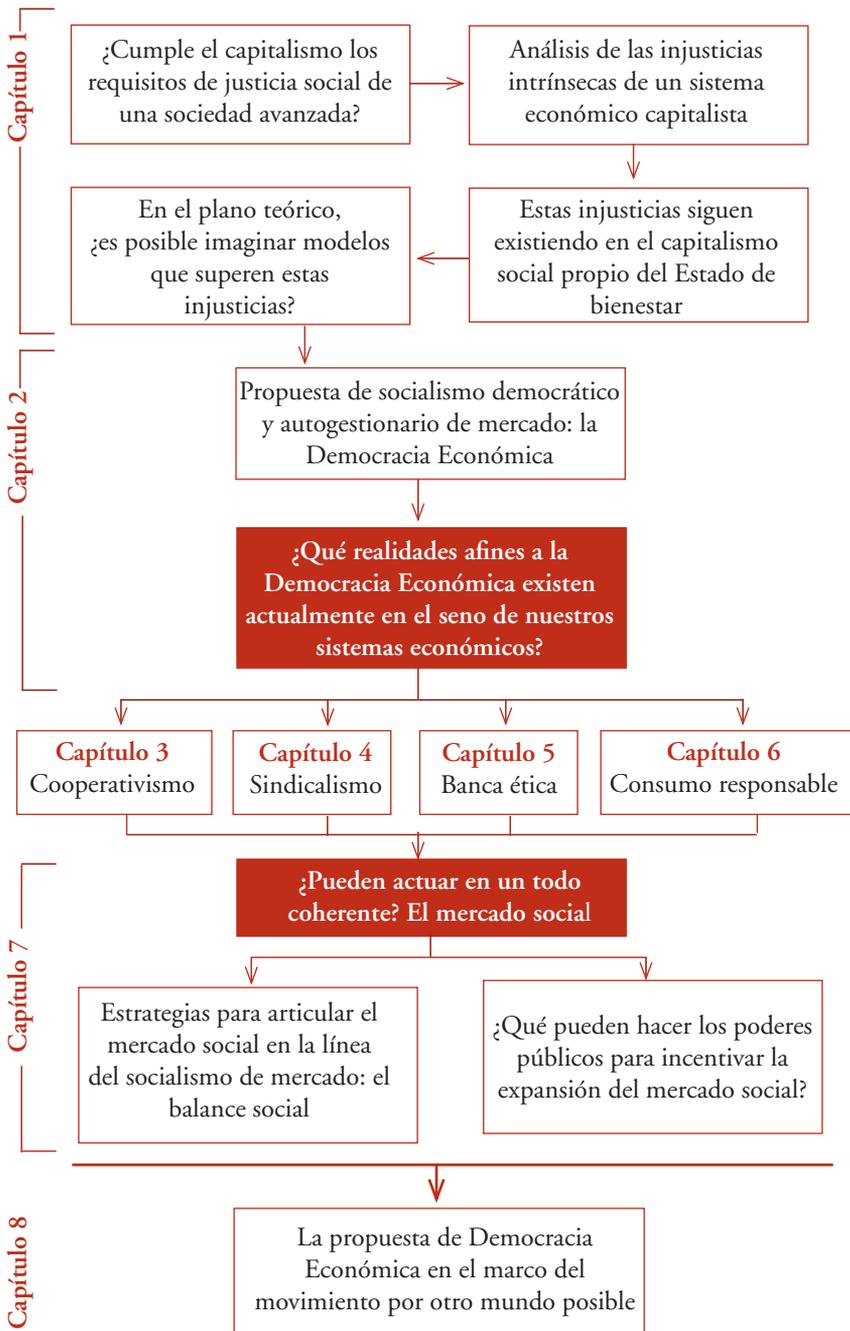
está desligada de la realidad económica presente, tal como la conocemos. Schweickart presenta unos cuantos modelos de transición posible desde el actual capitalismo, más o menos social, hasta su socialismo de mercado. Sin embargo, se trata de ejercicios académicos más o menos aplicables pero que en ningún caso resolvían de manera suficiente, según nuestro parecer, el problema de cómo transformar la realidad económica que tenemos ante nosotros cada día.

Por este motivo, los participantes en el *Projecte DE* creyeron prioritario «bajar a la realidad», es decir, explorar nuestra realidad económica para detectar todas aquellas experiencias, movimientos, realidades empresariales, productivas, financieras o de consumo que, de una o de otra manera, pudieran ser identificadas como realidades similares o afines a la Democracia Económica. Se trataba de vincular el horizonte ideal que dibuja la Democracia Económica con las fuerzas, las experiencias, los movimientos y las organizaciones realmente existentes en nuestra vida económica presente.

El libro que tenéis en las manos es, por tanto, el fruto de este propósito: contrastar las alternativas teóricas, sistemáticas e integrales, con los ejemplos que la realidad económica nos ofrece ya hoy. Es el fruto de la convicción de que tanto la teoría (sobre el socialismo de mercado) como la realidad (de las experiencias alternativas) se pueden enriquecer de manera fecunda por medio de este contraste. La primera porque deja de ser una utopía bienintencionada y encuentra anclas que le pueden permitir demostrar su factibilidad. La segunda porque la teoría permite identificar experiencias económicas que de otro modo acabarían pasando desapercibida o, para decirlo de manera más precisa, permite tomar conciencia del significado de estas realidades no capitalistas en todo su valor. Y permite que aquello que de entrada podría ser considerado un simple caso excepcional, minoritario, particular, pueda ser considerado también como el embrión de una alternativa, como una célula que anticipa un nuevo cuerpo que todavía está por desarrollar.

Este libro, de hecho, no hace otra cosa que poner en negro sobre blanco este ejercicio de contraste entre teoría y realidad. A los miembros de *Projecte DE* les parecía un ejercicio necesario, si se quería hacer una lectura no meramente recreativa, sino efectivamente fecunda, de aquellas propuestas económicas rigurosas pero utópicas que parten de la premisa de que la historia de los sistemas económicos no ha acabado y que, por tanto, el capitalismo —a diferencia del mercado— no tiene ninguna razón para ser la última página de la historia económica de la humanidad. Asimismo, este libro intenta hacer este ejercicio sin olvidar todas las premisas filosóficas

ESQUEMA ARGUMENTAL DEL LIBRO



que le son necesarias y todas las consecuencias políticas y prácticas que se derivan de él. Es este ejercicio, con sus premisas y sus consecuencias, lo que explica la estructura de la obra.

El libro comienza respondiendo a la pregunta sobre la necesidad de pensar una alternativa al capitalismo. ¿Por qué hay que superar este sistema económico? En principio la respuesta es clara: porque se trata de un sistema injusto. Sin embargo, la injusticia del capitalismo no es un asunto que se pueda resolver así como así; no en vano ha ocupado doscientos años de debates filosóficos, académicos e intelectuales, ideológicos y políticos, sin que por ahora, que se sepa, haya una conclusión universalmente aceptada. No obstante, precisamente por la complejidad de este asunto, hay una disciplina académica que, como es sabido, se ocupa sistemáticamente de ello y que no es otra que la filosofía política. En efecto, la filosofía política se dedica, entre otras materias, a las teorías de la justicia, lo que incluye el análisis de la justicia de los diferentes sistemas económicos y sociales. Este libro recurre, pues, a los debates más relevantes de la filosofía contemporánea con el fin de fundamentar su premisa sobre la injusticia del capitalismo o, mejor dicho, «de los capitalisms» en la medida en que hoy en día no se puede decir que el capitalismo sea un sistema único sino que hay una diversidad de «modelos capitalistas», cada uno de los cuales tiene unas consecuencias diferentes desde el punto de vista de la justicia.

Si gracias a los rudimentos teóricos que proporciona la filosofía política podemos concluir que efectivamente el capitalismo es incompatible con una visión mínimamente robusta de la justicia, entonces el ejercicio de imaginar un sistema alternativo parece justificado e incluso necesario. Así, la obra continua presentando una posible alternativa, que no es otra que la Democracia Económica de Schweickart. Se trata de utilizarla sólo como un ejemplo particular de sistema de socialismo de mercado —de sistema de mercado, pero no capitalista— más que como la opción por la que hay que apostar necesariamente. Se trata solamente de permitir que la imaginación visualice por dónde pueden ir las características de un sistema económico alternativo y cuáles serían sus ventajas. A partir de aquí el libro hace el «salto a la realidad» del que hemos hablado anteriormente y explora todas aquellas realidades que tienen una mínima afinidad con la lógica —y los valores que la sustentan— de la Democracia Económica, cuestión a la que se dedica la mayor parte de sus páginas. En la medida en que todo sistema económico está conformado por tres grandes mercados, el de bienes y servicios, el de trabajo y el de capitales, la obra analiza de manera específica las experiencias con valor de alternativa que se desarrollan

hoy en cada uno de estos mercados: el cooperativismo y el sindicalismo, en el caso del mercado de trabajo; la banca ética y las finanzas socialmente responsables, en el caso del mercado de capitales; y el consumo responsables y la potencialidad de instrumentos como la etiqueta social, para el mercado de bienes y servicios.

La obra acaba con una doble reflexión. Por una parte, se pregunta sobre la posibilidad de integrar y articular estas experiencias dispersas, cada una actuando en el mercado correspondiente, o en su ámbito particular, con el objetivo de reforzarlas, potenciarlas, y, por medio de esta interrelación, construir un circuito económico alternativo. Surge de este modo el concepto de *mercado social* entendido como aquel espacio económico alternativo, hoy ya existente, integrado por todas aquellas organizaciones productivas, financieras o de consumo que de una o de otra manera han salido —aunque sea parcialmente— de la lógica y el funcionamiento típico del capitalismo. Por otra parte, también se ponen sobre la mesa todas aquellas políticas públicas que, en un Estado de bienestar estándar como los que tenemos hoy en Europa, servirían para potenciar y desarrollar el *mercado social*. Por último, el libro intenta enmarcar esta propuesta — la Democracia Económica, el mercado social, sus diferentes organizaciones y experiencias— en todos aquellos movimientos que hoy alzan la voz para mostrar su antagonismo al sistema capitalista y proponen alternativas —no necesariamente económicas para avanzar hacia «otro mundo posible». La coincidencia entre las reflexiones del *Projecte DE* y los años del movimiento altermundialista no fue buscada, pero al mismo tiempo creemos que tampoco fue una mera casualidad. Y por eso el libro concluye con un análisis de la relación y la confluencia entre la Democracia Económica y los movimientos que trabajan hoy por una democracia global y algunas de sus propuestas —como pueden ser el control y la regulación democrática de los mercados capitalistas globalizados, las propuestas del movimiento ecologista, la renta básica o el avance desde el actual modelo de democracia representativa hacia un nuevo modelo de democracia participativa y deliberativa.

Los autores de este libro

Este ejercicio de contraste entre la teoría —las propuestas alternativas más o menos utópicas— y la realidad —las experiencias que hoy funcionan y que superan, en algún grado, la lógica y los valores capitalistas— explica también la autoría de esta obra, ciertamente particular. Desde el *Projecte DE*, que ha impulsado esta obra y que ha construido su hilo argumental,

no queríamos simplemente exponer nuestras reflexiones, exponer nuestro punto de vista y proponer nuestras conclusiones. Dado que se trataba de contrastar la teoría con la realidad, preferíamos hacer hablar a la misma realidad. Por este motivo hemos acudido a personas que estuviesen directamente implicadas en los diferentes movimientos sobre los que se pretendía reflexionar o que hubiesen participado en experiencias concretas en un determinado campo, del cual se les pidió que hablasen de manera general. De este modo la reflexión sobre el cooperativismo ha ido a cargo de Jordi Garcia, miembro de la cooperativa *L'Apostrof* y uno de los impulsores de la *Xarxa d'Economia Solidaria*; la dedicada al sindicalismo a cargo de José Luis López Bulla, dirigente durante más de veinticinco años de uno de los principales sindicatos de nuestro país como es CCOO; la descripción de la banca ética, a cargo de Roger Sunyer, integrante del primer equipo directivo de FETS, una asociación de segundo nivel, nacida en 1999 e integrada por diversas entidades que quieren promover la financiación ética y solidaria en Cataluña; y el análisis del consumo responsable ha sido encargado a Montserrat Peiron, directora de la revista *Opcions*, dedicada a promover y orientar este movimiento.

Con la misma lógica, para aquellos capítulos que no tienen como objetivo exponer una parte de la realidad económica con potencial de alternativa, sino hacer una reflexión más propia del ámbito de la filosofía política o la sociología hemos recurrido a académicos especializados en la materia a tratar. Así, el artículo principal del primer capítulo, dedicado al análisis del capitalismo desde las teorías de la justicia, lo ha escrito José Antonio Noguera, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UAB, y el artículo sobre el movimiento altermundialista como marco y contexto de las alternativas al neoliberalismo ha ido a cargo de Rafael Díaz Salazar, profesor de la Facultad de Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. Por último, aquellos artículos del libro más propiamente programáticos, que exponen las tesis específicas que, desde un principio, dieron origen y razón de ser a este libro y de los cuales los miembros del *Projecte DE* son los únicos responsables —y que, en consecuencia, no comprometen al resto de autores de la obra— han sido escritos por ellos mismos. Estos artículos expresan ideas construidas colectivamente, intentan reflejar y sintetizar los debates vividos a lo largo de estos años y, en buena lógica, están firmados por el mismo *Projecte DE* como autor colectivo, sin necesidad de más especificaciones.

Si bien cada capítulo tiene un artículo principal, que ha sido escrito por los autores mencionados, en cada uno hay también algunos artículos

complementarios sobre asuntos que desde el *Projecte DE* hemos interpretado que eran necesarios para dar coherencia a nuestra reflexión y enriquecer el hilo argumental. Artículos como el de Felix Ovejero, profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la UB, sobre socialismo y capitalismo; el de Alfonso Vázquez, consultor empresarial y experto conocedor del cooperativismo vasco, sobre la democracia en la empresa en la nueva economía del conocimiento; el de Daniel Lacalle, coordinador de la sección de economía y sociedad de la Fundación de Investigaciones Marxistas, sobre el sindicalismo y la democracia en la empresa; el de Perú Sasía, director de FIARE, la principal entidad de banca ética del País Vasco, sobre el futuro de la banca ética; el de Marc Vilanova, profesor asociado del Departamento de Ciencias Sociales de ESADE, sobre la etiqueta social; el de Ignasi Puig Ventosa, socio fundador de la consultora ENT Medi Ambient i Gestió, sobre la Democracia Económica y el ecologismo; o el de David Casassas, profesor de la Facultad de Sociología de la UAB y secretario del Basic Income Earth Network, sobre la renta básica.

Además acababan de enriquecer los capítulos algunas piezas breves que tienen por objetivo ilustrar el tema general con casos y ejemplos concreto o bien aportar alguna reflexión complementaria. Piezas como la de Pep Campabadal, ingeniero industrial y autor de una investigación sobre la Corporación Cooperativa de Mondragón, caso paradigmático del cooperativismo a escala mundial, del que hace una breve presentación; la de Ramon Pasqual, director de Coop57, sobre la relación entre banca ética y cooperativismo; las de Andri Stahel, profesor del Máster en Sostenibilidad de la Cátedra Unesco de la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC), sobre monedas locales o sobre el consumo de proximidad; o la de Tomás Villasante, profesor de la Facultad de Ciencia Política y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, sobre presupuestos participativos. Finalmente, a estas piezas se añaden algunas otras, elaboradas por el mismo *Projecte DE*, que intentan explicar el comportamiento que previsiblemente tendría la Democracia Económica, según Schweickart, en algunos de los asuntos tratados, como por ejemplo en el ámbito del consumo o en lo que se refiere a la sostenibilidad ambiental.

Como se puede comprobar, pues, éste es indudablemente un libro colectivo, escrito por muchas manos diferentes y hecho de muchas aportaciones diversas. Estamos convencidos de que esta autoría coral es una de las principales riquezas de esta obra. Como podrá comprobar el lector, la apuesta por un autor tan plural, tan diverso, tan representativo y tan poco homogéneo a la vez tiene muchas virtudes pero comporta también algunas

limitaciones —básicamente en la coherencia del discurso, la linealidad del hilo conductor o la diversidad de las voces y los tonos ensayísticos empleados—. Sea como sea, la idea de un libro *collage*, o un libro *puzle*, era desde el principio mismo un propósito al cual los promotores de esta obra no queríamos renunciar. En cualquier caso queremos hacer constar a todos los autores nuestro agradecimiento, en nombre del *Projecte DE*, por su respuesta. Es evidente que sin su colaboración y su calidad de expertos este libro no habría sido posible.

Acabamos aquí esta introducción, que no tiene más voluntad que dar una breve explicación de cuál es el origen y el motivo, cuál es el desarrollo argumental y, finalmente, quiénes son los autores de este libro y con qué criterio han sido elegidos. Hemos creído que, antes de que el lector se adentre por sus páginas, había que dar razón del porqué, del cómo y del quién de este libro. Una obra que, ya sea explícita o implícitamente, no es tan sólo una invitación a la reflexión, no sólo pretende abrir un debate radical de la manera menos compleja posible, sino que es también y muy especialmente una llamada a la acción, a la movilización y al compromiso con el cambio social, a favor de una economía más justa. Permítasenos una pequeña confesión final: este libro ha sido construido desde la voluntad de que sea capaz de inspirar a todas aquellas personas que creen que en el siglo XXI es posible seguir soñando y trabajando por aquello que ha movido a una buena parte de la humanidad desde sus orígenes: hacer realidad la esperanza en una sociedad verdaderamente justa, en la cual todos sus miembros tengan una vida realmente digna de ser reconocida como vida humana.

Ramalah, Palestina, primavera de 2008

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

Antoni Comín i Oliveres
Luca Gervasoni i Vila

A principios de 2009, gracias al impulso del grupo de reflexión y debate Proyecto Democracia Económica se publicó la primera edición, en lengua catalana, del presente ensayo. Su buena recepción y el interés que suscitó nos han animado a trabajar en esta segunda edición.

Durante los dos escasos que median entre una y otra, el capitalismo global ha transitado por una de las más graves crisis de toda su historia, la más profunda desde la Gran Depresión de los años treinta. Crisis originada en el epicentro mismo del sistema económico mundial, en los mercados financieros de los países ricos, a causa de la irresponsabilidad compartida de los grandes bancos que no quisieron medir adecuadamente los riesgos que asumían; de unas regulaciones insuficientes o equivocadas, que no supieron evitar que una parte cada vez más grande de la actividad bancaria se efectuara «en la sombra» y, por lo tanto, fuera del control público; de unos especuladores a los que nadie puso freno; y de unos gobiernos y unas instituciones políticas incapaces de controlar un mundo financiero cada vez más globalizado, hipertrofiado e irracional.

No fueron pocos los intelectuales, los políticos y los economistas que concluyeron que con esta crisis —no una crisis más, como las anteriores, sino una crisis de los fundamentos mismos del sistema— el capitalismo había rozado el borde del precipicio. La necesidad de encontrar el «cami-

no de salida» de la crisis se convirtió en la primera prioridad de todos los gobiernos y sociedades del mundo. Pero la expresión «camino de salida» ocultaba, en realidad, perspectivas muy distintas, por no decir contradictorias. Para muchos, el sistema necesitaba reformas urgentes y profundas para poder sobrevivir. Para otros, era una crisis cíclica más, como tantas otras ha vivido el capitalismo a lo largo de su historia, y sería superada tarde o temprano, sin necesidad de grandes cambios regulatorios o institucionales, del mismo modo que se superaron las crisis anteriores.

Para algunos, probablemente pocos, el colapso financiero de 2008 anunciaba «el principio del fin del capitalismo»: era la prueba definitiva de que el capitalismo es un sistema económico destinado de manera inexorable a la crisis —que viene a ser la máxima expresión de la ineficiencia productiva— y de que, por lo tanto, era del todo necesario «cambiar de sistema» si las sociedades pretendían desarrollarse en el marco de una economía sin crisis.

Aun cuando el libro apareció cuando la crisis ya hacía algunos meses que había estallado en toda su profundidad, lo cierto es que todos los autores escribieron íntegramente su parte con anterioridad. Es más, los debates de los que surgieron las tesis que van hilvanando el hilo argumental del ensayo se llevaron a cabo con varios años de antelación respecto del colapso del sistema financiero global acaecido en otoño de 2008.

Sin embargo, esto no impidió que, en los actos de presentación del libro que abundaron en los meses posteriores a su publicación, se repitiese a menudo una misma pregunta: ¿Pretende ser la Democracia Económica —el sistema económico alternativo que se explica en este libro— la «verdadera salida» a la crisis? ¿Lo puede ser? Cuestión que, a nuestro entender, en realidad expresaba indirectamente estos otros interrogantes: ¿Es posible superar la actual crisis del capitalismo sin cambiar de sistema económico, sin «salir» del capitalismo? ¿Es posible la reforma del capitalismo global de modo que sea posible de un «capitalismo sin crisis» o, al menos, sin unas crisis de tanta gravedad como la iniciada en 2008? En caso de que la «salida» del sistema sea la única solución razonable, ¿es la Democracia Económica la verdadera alternativa que nos permitirá entrar en una era económica poscapitalista?

Son preguntas lógicas, si tenemos en cuenta de que se formularon en unos momentos y un contexto inevitablemente marcados por la reflexión y la discusión entorno a la crisis primero financiera y luego productiva, sobre sus causas y sus consecuencias, tanto a corto como a largo plazo, y entorno a sus soluciones. Sin embargo, nuestra respuesta fue (y sigue siendo) siempre

clara al respecto: la propuesta de Democracia Económica que se presenta en este volumen no pretende, ni pretendió nunca, ser una respuesta a la actual crisis del capitalismo. Es preciso afirmarlo con esta contundencia, por paradójico que pueda parecer. Y aclararlo hasta donde sea preciso: *explorar una alternativa al capitalismo no es lo mismo que aportar «la solución» a la crisis actual del capitalismo*. Aunque pueda haber una cierta conexión lógica entre ellos, se trata de objetivos distintos.

Dejemos, pues, bien sentadas un par de ideas. La primera es ésta que acabamos de exponer: la Democracia Económica no es la alternativa sin la cual esta crisis no podrá ser superada. Entre quienes creen que la crisis de 2008 ha sido inicio del «canto del cisne» del capitalismo, su «crisis definitiva», y quienes piensan que será superada con más o menos dificultades, pero que una vez superada todo seguirá igual que antes, sin grandes cambios reconocibles respecto del actual paradigma de globalización neoliberal —con sus mercados financieros apenas regulados y una sostenida debilidad de las bases fiscales de la mayoría de Estados del planeta— hay mil pronósticos posibles.

Nuestra refracción a la futurología nos impide dilucidar cuál será la predicción más acertada. Probablemente, lo más sensato sea suponer que el sistema sobrevivirá a esta crisis dramática, pero no sin someterse a cambios profundos para poder seguir garantizando su legitimidad social, siempre ligada a su estabilidad y su capacidad para asegurar el crecimiento. Al mismo tiempo, que esta crisis no haya acabado con el capitalismo no significa que no esté siendo una encrucijada histórica para él. Es probable —o más que probable— que el capitalismo ya no vuelva a ser igual a como lo conocimos hasta ayer. Dicho brevemente: no saldremos de esta crisis con un sistema económico distinto. Sería ingenuo pensar que no hay salida de la crisis actual sin salida del sistema.

¿Es cierta, sin más matices, esta última afirmación? Podemos darla por buena si por «salida de la crisis actual» entendemos la recuperación del crecimiento económico. De hecho, en 2010 el PIB mundial ya ha vuelto a ser positivo, muchos países emergentes han salido de la crisis todavía más fuertes de cómo habían entrado en ella, y los países occidentales, los más afectados por ella, han vuelto a la senda del crecimiento, en algunos casos con tasas comparables a los años previos a la crisis, y en otros —como España o como Estado Unidos— con tasas inferiores pero positivas al fin y al cabo. La crisis, defenderían muchos, ya ha sido superada. Pero no podemos darla por buena si por «salida de la crisis actual» se entiende dejar atrás la tendencia inexorable del capitalismo a sucumbir a crisis estructurales,

cíclicas, sistémicas —ya sean crisis financieras provocadas por el estallido de las burbujas especulativas, ya sean crisis de sobreproducción, ya sea una combinación de ambas—. En este caso, lo ingenuo sería lo contrario: pensar que puede haber salida de la crisis sin salir del sistema económico actual. Quizás saldremos de esta pero vendrá otra. Es posible superar *esta* crisis de la mano del capitalismo; lo que no es posible es superar las crisis *en general* de la mano del capitalismo. Porque no es posible un capitalismo sin crisis.

De ahí que, en este mismo libro, autores como David Schweickart o Ignacio Ramonet no tengan ningún reparo en hacer de esta crisis —la de los años 2008, 2009 y 2010— el principal argumento a favor del sistema alternativo que en él se propone, la Democracia Económica. Porque esta crisis, tal y como reivindican ambos autores, ha puesto una vez más en evidencia de manera descarnada todos aquellos defectos que forman parte de la esencia misma del capitalismo —la inestabilidad y la injusticia, en un lugar principal— y que un sistema de «socialismo de mercado» como la Democracia Económica aspira a dejar atrás, en el desván de la historia económica universal. Y, por ello, consideran que la necesidad de una alternativa es ahora más evidente, más perentoria, más incuestionable que antes.

Por esto, quizás no sea exagerado admitir que con esta crisis una propuesta como la Democracia Económica, que tiene la clara voluntad de normalizar la reflexión en torno a la posibilidad de avanzar hacia un horizonte económico poscapitalista, adquiere un interés redoblado. Porque, no siendo el fin del capitalismo, sin embargo esta crisis ha liberado mentalmente a nuestras sociedades para mirarlo de un modo más crítico, al menos en dos sentidos. Hoy somos más conscientes, colectivamente, de los fallos estructurales de este sistema, inherentes a él de manera inevitable. En consecuencia, hay más receptividad respecto de propuestas alternativas: hoy, socialmente, probablemente se considera un poco más legítimo que antes de la crisis pensar en clave poscapitalista.

La crisis, por decirlo de algún modo, contribuye indirectamente a construir una hegemonía ideológica más crítica, más abierta a la necesidad de reformar el sistema, como mínimo —y, si fuera posible, de dejarlo atrás. Entonces, si es cierto que la crisis permite que el pensamiento crítico salga de su madriguera más minutos al día, si nos empuja a reflexionar los retos de nuestra organización económica mirando más lejos y más a largo plazo, si contribuye a que se ensanchen los límites en los que nuestras mentes habían encerrado hasta ayer mismo todos los debates económicos, entonces no es de extrañar que el clima intelectual actual sea hoy más favorable que hace cuatro o cinco años a propuestas como la que presentamos aquí.

Por resumirlo con un punto de ironía: si cuando iniciamos los debates en el seno del Proyecto Democracia Económica sobre las injusticias estructurales del capitalismo, sobre la necesidad de pensar alternativas y sobre la viabilidad o no del «socialismo de mercado», allá por el año 2004, nuestras propuestas fueron calificadas cuanto menos de «extrañas», cuando apareció el libro en 2009, con la crisis en pleno auge, fuimos tildados más bien de «oportunos», por no decir «imprescindibles».

Segunda idea: si la Democracia Económica no es la «respuesta» o la «solución» a la crisis, es precisamente porque pretende ser una alternativa (realista, posible, viable) al capitalismo *tout court*. La Democracia Económica está concebida como una alternativa no para cuando el capitalismo está en crisis, sino para el capitalismo siempre, independientemente de cual sea su éxito o su fracaso, sea cual sea su circunstancia.

La crisis es un cierto fracaso del capitalismo en la medida en que este sistema de mercado —uno de los sistemas de mercado posibles, pero no el único— basa su legitimidad social en su capacidad para asegurar el crecimiento del producto económico como una tendencia constante en el largo plazo. Cuando hay crisis, el producto decrece y por lo tanto está promesa de prosperidad creciente queda en entredicho. Pero la reflexión acerca de la Democracia Económica no parte de la dificultad del capitalismo para crecer, sino que parte de la dificultad del capitalismo para ser justo.

En efecto, si este ensayo se atreve a proponer la Democracia Económica como alternativa es porque previamente hace un análisis y un juicio del capitalismo —el más imparcial y detallado del que hemos sido capaces sus autores— desde el punto de vista de la justicia social y lo hace de la mano de las principales teorías de la justicia contemporáneas. Este análisis nos dice que el capitalismo es siempre injusto, con crisis o sin ella. De ahí que desde el punto de vista de la justicia la necesidad de una alternativa poscapitalista es siempre la misma. Si aspiramos a organizar un sistema económico que nos permita vivir en una sociedad justa, todos los tiempos son propicios para pensar en alternativas, ya sean tiempos de crisis del capitalismo o tiempos de bonanza.

Al mismo tiempo, repitámoslo, en tiempos de crisis las injusticias estructurales del capitalismo se ponen de manifiesto de una manera más flagrante para el conjunto de la sociedad. Es más probable sospechar de lo injustificado de muchas de las desigualdades propias de este sistema cuando el crecimiento se detiene y pagan la crisis, no quienes la han provocado, sino quienes menos responsabilidad tienen en ella. Es entonces cuando ponen en evidencia las instituciones que hacen del capitalismo algo injusto: la

propiedad privada del capital financiero, su acumulación en relativamente pocas manos y la maximización de su rentabilidad como única racionalidad que conoce el sistema.

En *Más allá del capitalismo*, Schweickart defiende de manera convincente la tesis según la cual el capitalismo sólo mantiene un nivel suficiente de legitimidad —y, por lo tanto, sólo es socialmente estable— si consigue asegurar el crecimiento a largo plazo de manera sostenida. Resumiendo su tesis de manera simplificada: las desigualdades (objetivamente injustas) del capitalismo sólo son aceptadas socialmente cuando se asegura a aquellos a los que corresponde la peor parte en el desigual reparto del producto que, a pesar de su posición desfavorable en la distribución, mejoren su nivel de vida en términos absolutos de manera constante. Sólo entonces las desigualdades injustas del sistema quedan debidamente enmascaradas por el crecimiento, siempre y cuando este beneficie, poco o mucho, a todos los miembros de la sociedad. La combinación de unas desigualdades injustas con un crecimiento que a todos beneficia es lo que hace el capitalismo soportable socialmente. Sin embargo, cuando llega la crisis y se detiene el crecimiento, se detiene este mecanismo de compensación y la crisis económica se convierte, también, en crisis de legitimidad del sistema.

En este sentido, sin duda, la crisis económica favorece una mejor recepción de ideas claramente «extrañas» a la actual hegemonía ideológica, como por ejemplo la Democracia Económica: permite reconocer mejor los límites estructurales del sistema actual capitalismo y ahonda su déficit de legitimidad. Pero, aunque el capitalismo no estuviese en crisis, una propuesta como la Democracia Económica seguiría siendo igual de necesaria. Porque, el hecho de que en momentos de crisis aquellas injusticias sean más visibles y más evidentes no significa que desaparezcan cuando la crisis remite y se retoma la senda del crecimiento.

En coherencia con todo lo dicho, no creemos que este libro sea hoy más necesario ni más urgente que hace tres o cuatro años. Ni tampoco que hoy lo sea más que dentro de tres o de cinco años, cuando esta crisis probablemente ya esté plenamente superada. No liguemos el destino de la Democracia Económica a la crisis y a su devenir. Hacerlo significaría una mala comprensión del sentido, el objetivo y la razón de ser de esta propuesta. Esta alternativa —pensada, insistimos, antes y al margen de la actual crisis— tiene la misma vigencia y el mismo valor mientras capitalismo —ya sea renqueante, como hoy, o boyante, como ayer— siga instalado en nuestras mentes como el único horizonte económico posible.

De aquí, si se nos permite, la importancia de esta publicación. Ofreciendo una descripción rigurosa de una alternativa —tanto en su justificación académica como en la descripción de experiencias prácticas que apuntan a ella y que cuentan ya hoy con una no menos apreciable implantación social en nuestro territorio— se pretende quitar oxígeno a todos aquellos argumentos que justifican el capitalismo, en su diversidad de formas y matices, por la ausencia de una alternativa verosímil. Tras la (necesaria) caída del bloque soviético, se ha vivido una ausencia de debate relativo a los modelos económicos y una dictadura del «pensamiento único» que no parece deseable para una sociedad que quiera considerarse democrática.

Si como consecuencia de esta crisis permaneciese una renovada voluntad de pensar y explorar modelos económicos distintos y la simpatía por la idea de que «hace falta una alternativa» hubiese crecido, ahí estará la Democracia Económica en primera fila, con la vocación de ayudar a construir una hoja de ruta que nos permita «encontrar la puerta de salida» del sistema. Una propuesta, en suma, que aspira a contribuir a inspirar la teoría y la práctica de los ciudadanos y los movimientos sociales que se identifican con los ideales del socialismo, tanto en Europa como en las nuevas sociedades emergentes del resto del planeta, a lo largo del nuevo siglo.

Si la primera edición (en catalán) de *Democracia Económica. Hacia una alternativa al capitalismo* apareció, sin duda, en un momento propicio, esta segunda edición (en castellano) se publica en un momento igualmente oportuno, porque los estragos y los costes de la crisis están hoy en el orden del día en muchos países del mundo. Pero nada de esto debe confundirnos. Mientras el capitalismo tenga el papel hegemónico, central, casi exclusivo, que tiene hoy en la economía de las sociedades humanas, este libro seguirá vigente, porque seguirá contribuyendo a la reflexión de quienes creen que el «fin de la historia» —o, para ser más precisos, el «fin de la historia de los sistemas económicos»— no es una fatalidad inevitable.

Nota sobre la edición castellana

Las diferencias más notables entre la primera y segunda edición son las siguientes:

- a) En el capítulo II se ha incluido un nuevo artículo, de David Schweickart, sobre el modelo de Democracia Económica y su interrelación con la crisis actual.

- b) En el capítulo VI se ha substituido un artículo que hacía referencia a las cooperativas de consumo agroecológicas, circunscrito exclusivamente a ejemplos en Cataluña, por un artículo de Ester Vivas sobre las cooperativas de consumo en general.
- c) En el mismo capítulo VI se incorpora un artículo de Félix Pardo —a quien además de su aportación teórica agradecemos de manera entusiasta su generosa labor de traducción— donde se aborda el debate acerca del consumo responsable desde las aportaciones de la filosofía psicoanalítica.
- d) Finalmente, no podemos dejar de destacar el extraordinario prólogo que Ignacio Ramonet ha escrito para esta segunda edición ni dejar de agradecerle su interés inmediato por los planteamientos teóricos y prácticos que se desarrollan en este libro.

Barcelona, febrero de 2011